

# HACIA UNA CRITICA DE LA TEORIA MARXISTA DE LAS RELIGIONES

OTTO MADURO

Indians and medieval men were just as intelligent as we are, but the context in which they thought was completely different. Within that context of thought, ghosts and spirits are quite as real as atoms, particles, photons and quants are to a modern man. We are all of us very arrogant and conceited about running down other people's ghosts but just as ignorant and barbaric and superstitious about our own.

R. M. PIRSIG

Todo punto de vista naciente en una sociedad de clases, para desarrollarse en toda su especificidad y autonomía, necesita subrayar unilateralmente aquellos rasgos que lo distinguen de los demás puntos de vista coexistentes y, sobre todo, del punto de vista hasta entonces dominante. Es decir, para afirmarse y propagarse, para "llamar la atención" y atraer el consenso colectivo, para construirse socialmente, el punto de vista de una clase en vías de construcción tiende —al menos en sus primeras fases— al énfasis unilateral de los propios rasgos específicos y a la negación unilateral de los rasgos opuestos en los demás puntos de vista (sobre todo en el punto de vista hegemónico). El eclecticismo, la tolerancia y la multilateralidad, en cambio, son un "lujo" que sólo pueden dársele (a) el punto de vista dominante en su fase hegemónica, cuando no hay peligro notable de disolución de su hegemonía, y (b) los puntos de vista puramente dominados, sin esperanza alguna de autonomía, y que para subsistir se ven obligados —a menudo— a integrar los rasgos de otros puntos de vista.

El caso del marxismo en la construcción de la clase obrera europea es un ejemplo ilustrativo de esta hipótesis. La clase obrera, obviamente, no era la clase dominante, más tampoco era una clase puramente dominada: era una clase dominada con posibilidades objetivas de cierta autonomía. En esa misma medida, la clase obrera no tenía por sí misma a un punto de vista ecléctico, tolerante y multilateral, al menos en sus primeras fases, sino a un punto de vista unilateral. En tal situación, el marxismo —como expresión del punto de vista autónomo de la clase obrera en gestación— se vio empujado a la unilateralidad, la hipérbole, la exageración de los rasgos que podían diferenciarlo del punto de vista de la nobleza y del de la burguesía. De acuerdo con nuestro modo de ver, esa unilateralidad fue precisamente uno de los rasgos que permitió al marxismo su desarrollo más o menos continuo en el seno de la clase obrera europea, su desarrollo hasta el punto de convertirse en la expresión más autónoma y coherente de la visión propia de la clase obrera, pese a sus retrocesos, estancamientos y fracasos parciales.

La unilateralidad del marxismo parece así, simultáneamente, un efecto tendencial y una condición de posibilidad del desarrollo autónomo del punto de vista de la clase obrera. Esta unilateralidad se manifiesta en un sinnúmero de aspectos, de los cuales nos concierne uno en particular: el religioso.

El marxismo, en efecto, representa entre otras cosas, una teoría caracterizada por su unilateralidad con respecto a la religión. Dejemos por un momento de lado las connotaciones peyorativas del término "unilateralidad" y concentrémosnos sobre el sentido teórico y político del mismo. El marxismo llama la atención sobre un lado (de allí unilateralidad) de las relaciones entre religión y estructura social, con la peculiaridad de que ese lado, ese aspecto de los fenómenos religiosos, no había sido reconstruido antes del marxismo. El marxismo, entonces, hace ver teóricamente —gracias a su unilateralidad— un aspecto importante de los fenómenos religiosos que, probablemente, sólo era socialmente comunicable en la medida en que se exagerase su importancia hasta el punto de reducir la religión a nada más que ese aspecto: el de un producto social con efectos sociales conservadores. Políticamente, por otra parte, esa unilateralidad del marxismo con respecto a la religión permitió a grandes sectores de la clase obrera europea el liberarse (parcialmente) del punto de vista (religioso) de la nobleza y de la mayor parte de la burguesía, así como el organizarse autónomamente en sindicatos y partidos que escapaban (parcialmente) al control de las instituciones religiosas (o semi-religiosas), dominadas entonces —en general— por la nobleza y/o la burguesía. Esta parcial autonomía teórica y política de la clase obrera fue socialmente favorecida por la reducción marxista de la religión a un solo aspecto suyo: el de "ideología de las clases dominantes".

Nosotros pensamos que nunca se insistirá bastante sobre lo que podría llamarse el "valor epistemológico-político de la hipérbole" en la construcción de una nueva clase y —en consecuencia— en un proceso de cambio social radical. Es decir, pensamos que sólo mediante la hipérbole, mediante la exageración unilateral (y casi diríamos, reduccionista) de un aspecto de la realidad, es posible construir un nuevo modo de ver las cosas, de comprenderlas y de transformarlas. Pero también, quizás, se debe insistir sobre la necesidad de criticar y superar la unilateralidad originaria de todo nuevo punto de vista de clase en una fase posterior, so pena de ver estancarse y retroceder el movimiento sociopolítico ligado a ese punto de vista.

En este orden de ideas, vale reiterar que, para que el proletariado europeo pudiese captar lo que de institución social hay en toda religión, lo que de ideología de las clases dominantes hay en toda religión (so-

bre todo en las religiones dominantes), fue preciso que el punto de vista del proletariado se afirmase en el marxismo sosteniendo que "la" religión no era sino una institución social al servicio de las clases dominantes, destinada a perecer junto con éstas últimas.

La originalidad de la teoría marxista de las religiones —como vemos— no se halla tanto en el ateísmo como en lo que éste hizo posible: la unidad construida por ENGELS y MARX entre la crítica de la religión y la crítica comunista de la economía política. El ateísmo, en efecto, es —en la Europa de los siglos XVIII y XIX— sobre todo un fenómeno cultural de origen burgués. En la lucha de ciertas fracciones de la intelectualidad urbana de Francia, Inglaterra y Alemania por eliminar los obstáculos impuestos por el punto de vista religioso de la nobleza al desarrollo de las instituciones económicas, políticas y culturales, es que el ateísmo surge y se desarrolla, de modo totalmente ajeno al desarrollo de la clase obrera. El ateísmo es, ante todo, una de las formas unilaterales como el punto de vista burgués se expresa en su oposición al punto de vista religioso de la nobleza, una de las maneras como el punto de vista de la burguesía se constituyó en el seno de su propia lucha por devenir clase autónoma y hegemónica. Sin embargo, el ateísmo no logró convertirse en el punto de vista de grandes sectores de la burguesía europea (al contrario de lo sucedido con el protestantismo): se quedó —por lo general— en un fenómeno casi exclusivamente intelectual-burgués, minoritario y pasajero.

El ateísmo marxista es, incluso en sus orígenes personales en MARX y ENGELS, un fenómeno de raíces burguesas, nada proletarias. Es durante su formación universitaria, en medio de las fracciones más radicales de la intelectualidad urbana de Prusia, que esos dos hijos de familias burguesas se hacen ateos, antes de cualquier contacto con el comunismo o con el movimiento obrero. Y mientras MARX y ENGELS no tuvieron contacto con el movimiento obrero, mientras fueron radicales burgueses y no socialistas, su ateísmo continuó siendo un ateísmo burgués, desligado de cualquier crítica de la economía política.

El ateísmo burgués premarxista rara vez pasó de una crítica moral y filosófica de la religión: condensa de la religión como "causa de todos los males" y como "conspiración deliberada del clero" basada en la "ignorancia popular", junto con "pruebas" de la "irracionalidad" de la religión y de la inexistencia de Dios. A lo sumo como en los neohegelianos alemanes, el ateísmo burgués premarxista llegó a ver en la religión un fenómeno histórico, pero sin llegar a comprenderlo sociológicamente, como producto social con efectos sociales.

La teoría marxista de la religión, en cambio, llega a construir la religión como objeto de análisis sociológico, uniendo la crítica (ateo-burguesa) de la religión a la crítica (comunista-proletaria) de la economía política, y subordinando la primera a la segunda. En la perspectiva marxista la religión deviene un producto de relaciones sociales históricamente determinadas: las relaciones sociales de producción en el seno de una sociedad de clases. En esta óptica, un género de efectos sociales de la religión —y sólo uno— es destacado: los efectos de reproducción de las relaciones de dominación social producidos por las ideologías religiosas dominantes.

El ateísmo, entretanto, no es algo meramente superfluo o accidental en la construcción de este nuevo punto de vista sobre la religión. El ateísmo burgués le sirvió al punto de vista proletario —peculiarmente en el caso del marxismo— para constituir a la religión como objeto al hacerla cesar de existir como evidencia. No sabemos qué otra posibilidad histórica existía —si es que existía otra— de romper con las evidencias religiosas socialmente construidas y de hacer de la religión un objeto de análisis sociológico (cómo tampoco sabemos qué otra posibilidad había —si había— de romper con la hegemonía de la nobleza y de la burguesía haciendo de la ideología dominante un objeto de combate político). Sospechamos, sí, que el único camino socialmente viable para lograrlo era entonces el ateísmo de origen burgués (10). De cualquier modo, el ateísmo burgués que se encuentra entre las fuentes de la teoría marxista de la religión perdió —al ser subordinado a la crítica de la economía política— una parte de su carácter de clase original. Teóricamente, el punto de vista marxista sobre la religión permitió a la clase obrera comunista superar (parcialmente al menos) el enfoque filosófico-moral en el que permaneció el ateísmo burgués y pasar a un enfoque histórico-sociológico de la religión. Políticamente, el marxismo facilitó al proletariado la subordinación de la crítica de la religión (y de la lucha anticlerical) a la lucha económico-política de clase contra la dominación material de la nobleza y la burguesía, única lucha que podía acrecer el poder obrero en aras de sus intereses objetivos.

La unilateralidad de la teoría marxista de la religión, tuvo, entonces, efectos propios y pertinentes sobre una fase de la construcción de la clase obrera europea como clase autónoma. Efectos, pues, "positivos" desde el sólo punto de vista de la autonomía y el poder de la clase obrera. Cabe repreguntarse, sin embargo, si una crítica de esa unilateralidad no es hoy posible y conveniente desde el mismo punto de vista de los intereses objetivos de la clase obrera. En realidad, si en ciertas regiones y en determinados períodos —al contrario de lo acaecido con el ateísmo burgués— el marxismo (ateo) se ha convertido en el punto de vista de

grandes sectores del proletariado y ha contribuido al desarrollo de la autonomía teórico-política del mismo, no es menos cierto que la unilateralidad de la teoría marxista de las religiones ha tenido —en otras regiones y/o períodos— efectos teórico-políticos "negativos" desde el mismo punto de vista de la clase obrera. Enumeremos algunos de estos efectos. En lo teórico: el bloqueo de la comprensión de que las religiones existentes no son productos mecánicos de la estructura social o de una clase social particular, sino realidades históricas con orígenes variados sobre las cuales se ejerce de modo mediato y complejo el impacto de una estructura social contradictoria y cambiante; la dificultad de entender que las religiones no son sólo "ideas" sino que comportan asimismo prácticas e instituciones "materiales"; el obstáculo para percibir la autonomía relativa variable de las distintas religiones junto a su capacidad —también variable— de frenar, reforzar o acelerar algunos procesos sociales; la casi imposibilidad de explicar cómo la construcción de ciertas clases sociales, así como sus luchas contra la dominación, tienen a menudo que efectuarse en una perspectiva religiosa; la poca atención prestada al hecho de que el efecto de las religiones sobre los procesos sociales varía en sentido e importancia según las clases, las regiones, las épocas, la historia, la estructura, la coyuntura, y según las religiones mismas (incluso según las condiciones internas —variables— de cada religión particular), así como a este otro hecho capital de que los efectos sociales de algunas religiones no son, en modo alguno, conservadores; finalmente, la dificultad de explicar la persistencia de la religión en sectores (incluso revolucionarios) de la clase obrera y en los Estados Socialistas.

Efectos negativos en lo político: el aislamiento del marxismo con respecto a sectores de la clase obrera animados por una visión religiosa del mundo; la dificultad para el proletariado marxista en desarrollar alianzas con clases dominadas que como el campesino tienen un punto de vista predominantemente religioso; la tendencia a convertir la oposición dominantes/dominados en una oposición meramente ideológica (y favorable a la dominación) ateos/creyentes; en fin, la casi imposible articulación de la lucha económica-política del proletariado con ciertos conflictos religiosos cargados de un potencial inmenso de implicaciones políticas favorables a la lucha contra la dominación.

Estamos convencidos de que unos y otros —"defectos" teóricos y políticos de la unilateralidad religiosa del marxismo— están estrechamente ligados entre sí. Al mismo tiempo, pensamos que el abandono del punto de vista marxista implica —históricamente, hoy— el abandono de la expresión más autónoma del punto de vista de la clase obrera. Para quienes el destino de los trabajadores manuales en la sociedad actual no representa una preocupación central, este abandono tampoco constituirá pérdida sustancial alguna. En cambio, para quienes el porvenir de la humanidad entera nos parece hallarse hoy directamente ligado a la construcción del proletariado como clase autónoma, el adoptar el punto de vista marxista luce, por ahora, como una cuestión fundamental.

Así, pensamos que una crítica y una corrección constantes del enfoque marxista son hoy posibles y convenientes desde el punto de vista de la clase obrera. Es más, en lo referente a la teoría marxista de la religión, nos parece que la unilateralidad de la misma —junto con los consiguientes efectos teórico-políticos negativos señalados— es hoy superable mediante una crítica también marxista.

Sin ir más lejos, ya en MARX y ENGELS hay —hacia el final de sus vidas— el despuntar de una autocrítica de ciertas unilateralidades de sus teorías. Aparte de la manida frase del viejo MARX, "sólo se que yo no soy marxista", hay en él el esfuerzo por comprender que el desarrollo histórico de sociedades diferentes de la suya no tenía que seguir —como lo creyó en su juventud, y madurez— una lógica igual a la de la suya, llegando hasta afirmar que "la fatalidad histórica" de este movimiento está entonces expresamente restringida a los países de la Europa occidental" (11). Ese mismo tipo de corrección podría aplicarse a la interpretación marxista clásica de la "fatalidad histórica" de la desaparición de las religiones, que nos parece una generalización abusiva de ciertos procesos en curso en la Europa occidental del pasado siglo. En cuanto a ENGELS, es sabido cómo éste insistió —después de la muerte de MARX en 1883— en la necesidad de superar un cierto reduccionismo económico (incluso en cuanto a la religión) del cual ENGELS —con MARX— se consideraba parcialmente responsable. Para corregir esta unilateralidad del marxismo, ENGELS proponía expresamente tomar en cuenta la autonomía relativa de las instituciones no-económicas (derecho, religión, filosofía, etc.) con respecto a las relaciones de producción, el carácter mediato del impacto de las relaciones de producción sobre tales instituciones y, finalmente, la acción recíproca de las relaciones de producción y las instituciones no económicas (12).

Por lo que a nosotros toca, vamos a tratar de cerrar el esbozo de respuesta a la pregunta conductora de estas líneas (¿cómo fue históricamente posible el surgimiento del punto de vista marxista sobre los fenómenos religiosos?) resituando a marxismo y religiones en el vasto contexto de la revolución industrial, para entonces concluir esta introducción teórica y "entrar en la materia" de esta investigación: el caso concreto de la cuestión religiosa en el ENGELS premarxista. ○